

Vivir y dirigir desde un lugar de horizonte inmenso

David Whyte es un poeta nacido en Yorkshire, de madre irlandesa, y autor de nueve libros de poesía y cuatro de prosa. Es notorio por haber creado un número de lectores y de audiencia en áreas normalmente exclusivas: el mundo literario, los mundos psicológico y teológico de la investigación filosófica, y el mundo del liderazgo organizacional, en el que trabaja con sus propios conceptos de liderazgo conversacional. Cuando trabaja con dirigentes, usa la poesía para ilustrar cómo podemos promover cualidades de valor y compromiso, notando que éstas son las cualidades más necesarias para responder al llamado a la creatividad y la adaptabilidad en nuestras organizaciones. David actualmente vive en los Estados Unidos, en la región del Noroeste del Pacífico.

La directora de Comunicaciones de la LCWR, Annmarie Sanders, IHM entrevistó a David a principios de marzo de 2020 acerca de sus perspectivas sobre el dirigir durante tiempos de incertidumbre.

Q

Millones de personas a través de culturas y países están viviendo bajo una gran incertidumbre. Estamos viendo una existencia que hemos visto morir frente a nosotros mientras otra, que es confusa y desconocida para nosotros, está naciendo. Nosotras, como religiosas católicas, nos preguntamos – especialmente mientras el número de nosotras disminuye y la mayoría es mayor: “¿Qué tenemos que traer a este tiempo a nuestro mundo? ¿Qué transformación podríamos ayudar a lograr?” ¿Qué nos responderías a estas preguntas?

Creo que, durante los muy dramáticos veinte años últimos, hemos estallado de muchas buenas, pero perturbadoras maneras desde los inusuales cincuenta años de estabilidad que hubo después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque tuvo sus propios dramas contenidos, fue una era en la que sentíamos que habíamos heredado un impulso del pasado que tenía su propia llegada predeterminada a algo mejor. Ahora hay una sensación de que, en nuestra presente encrucijada, posiblemente no lleguemos a nada mejor a menos que nos hagamos nosotros mismos mejores. En palabras de Teilhard de Chardin, intuimos que los eventos son “a la medida del alma”, que nos hallamos en una encrucijada en la que podríamos fácilmente tomar el camino equivocado, y que, extrañamente, el camino equivocado podría ser hacia lo que previamente entendíamos que era nuestro destino. Es el momento de romper promesas desgastadas y votos hechos por las previas versiones, todavía no totalmente maduras, de nosotros mismos y por las sociedades, no solamente en nuestra vida actual, sino hacia el nuevo horizonte de peregrinaje hacia el que vamos.

Sobre nuestra situación presente, como Dickens dijo acerca de la Revolución Francesa, “fue el mejor de los tiempos, fue el peor de los tiempos...” Ciertamente, como padre de una hija nacida en el primer mundo, éste es el mejor tiempo en cualquier época humana para que una niña nazca. Mi hija, de veintitrés años, ha tenido más oportunidades y más respeto como persona que las mujeres en cualquier otra era de la historia humana. Por supuesto, en el contexto suyo como religiosa católica, esto es también lo que las órdenes religiosas femeninas tienen que enfrentar: una invitación a vivir una vida religiosa ordenada, que en un tiempo dio a las mujeres privilegios especiales, es ahora solo una entre miles de invitaciones que hay ante las últimas generaciones de mujeres jóvenes. Pero es un cambio que es representativo del espíritu de nuestros tiempos: todos nosotros estamos siendo hechos radicalmente invitaciones nuevas, todos nosotros debemos hacer radicalmente nuevas invitaciones para mantenernos a nosotros mismos y a nuestras organizaciones vivos.

Para mí, éste es un momento de ventilación, de quitarle la paja a las formas externas. La gran interrogante es cómo encontrar un terreno en ese lugar desconocido, uno sobre el cual pararnos a ver el nuevo horizonte.

Ciertamente, como poeta y filósofo, ésa es la conversación con la que estoy trabajando. Henry Vaughan, el místico galés del S. XVII, llamaba a este horizonte interior, cuando todos los horizontes exteriores familias han desaparecido, “una oscuridad profunda, pero deslumbrante”. Es profunda porque es fundacional, es deslumbrante porque es muy difícil caer debajo. El horizonte interior refleja nuestra personalidad superficial, y bajar no requiere un paso voluntario, sino una especie de caída radical.

Yo sí creo que las órdenes religiosas, como toda organización secular de toda índole, siempre se concentran en el *hacer* más que en el *deshacer* parte de la transformación y transfiguración religiosa, un sentido de transfiguración física y espiritual que estaba probablemente viva y bien en la incoación de las órdenes. Es un cliché, claro, hablar sobre la burocratización de la experiencia original de un Dios vivo, pero es uno que tenemos que todos hemos sufrido – estemos o no en una orden religiosa.

Si no tenemos una práctica espiritual diaria, incluso una simple caminata a solas, con las nubes y el cielo, nos alejamos de lo que originalmente fue un campo de fuerza vivo, invitante, absolutamente físico. Mantener esa invitación original viva – a través de una disciplina de oración, o de contemplación, de caminata silenciosa diaria, o de poesía, o cualquiera que sea la manera de uno para ir abajo de ese horizonte – es un sustento del cual muchos de nosotros estamos hambrientos. La capacidad de deshacer la periferia asediada y competitiva, y replegarse en una soledad profunda y nutritiva, en ese pozo de gravedad del deshacer, en ese lugar de libertad inmensa e invitación y horizonte en el que no hay competencia alguna, es esencial. Es lo que se encuentra bajo todas nuestras grandes disciplinas teológicas y artísticas.

Tengo unas líneas que escribí hace unos años, tras pasar muchos días solo, haciendo jardinería:

*Tengo mi libertad
hoy
porque
no pasó realmente nada
ni nadie vino
a verme...*

-- De: “Sucede a aquéllos que viven solos”, de *La casa de pertenencia*.

Una de las cosas más provocativas que el gran místico dominico, Meister Eckhart dijo, cuando se le pidió que definiera lo último, fue: “Dios es pura ausencia”. Cuando llegamos más allá y (permítaseme decirlo) bajo el horizonte de nosotros mismos suficientemente para habitar la *ausencia pura*, su declaración aparentemente extraña tiene totalmente sentido: la ausencia pura es de hecho el estado más puro de invitación a todo, y todo aquello que es *otro* (algo más) que nosotros mismos.

Usted me mencionó, antes de tener esta entrevista, el sentimiento preocupante de una población envejeciendo en todas las órdenes de religiosas de la Iglesia Católica. Sería interesante pensar en el envejecimiento no en el sentido de decadencia, sino (en el sentido de) apropiadamente experimentado, como uno de desasimiento radical. Con la edad también viene la posibilidad importante de un estado de subversión intensa. Ha sido el caso en todas las culturas que las personas mayores ya no tienen que seguir del todo las reglas de la misma manera. Los viejos aprenden la capacidad de contrabandear algo radical al mismo tiempo que mantener lo que es apropiado en las estructuras de la vida. También, ellos pueden estar más deseosos de soltar algunas de esas estructuras. ¡No puede haber nada más conservador que los jóvenes!

El privilegio de la vejez se encuentra en la sensación física de que estamos cerca de un deshacimiento literal de nosotros mismos, y de un adentramiento a la siguiente vida, una que no podemos totalmente imaginar, sin importar nuestra herencia teológica. En ese umbral, nos damos cuenta de lo extrañas que son las reglas bajo las que hemos vivido y lo inhumano e innatural que pueden ser. Es parte de la visión y la percepción que ha estado largamente asociada con la vejez, tanto como una decrepitud temida. Hay una diferente clase de frescura que tenemos a los sesenta, setenta, ochenta y noventa que no es posible tener a los veintitantos y treinta y tantos. Una de las maneras radicales en las que los viejos pueden contribuir es permitiéndose a sí mismos penetrar en los pensamientos que han estado de hecho medio teniendo todo el tiempo, pero que nunca reconocieron completamente, y luego, reuniendo a sus compañeros conspiradores para que los ayuden con esos pensamientos

En casi todas nuestras grandes tradiciones teológicas alrededor del mundo, encontramos gente que, habiendo alcanzado un cierto nivel de madurez, se aparta de las estructuras que los nutrieron hacia ese umbral. En el pasado, esa gente se alejaba y vivía en el desierto, en los bosques, o recorría las rutas de peregrinos del mundo. Es interesante pensar que puede haber otras maneras de hacer esto. Creo que nuestra gran multitud de hermanas ancianas podrían ser parte de este escape de las estructuras y de las minimizaciones no habladas. Si yo creo que éste es el mejor momento de la historia registrada para que mi hija de veintitrés años viva, ¿por qué no podría también ser el mejor momento para que una religiosa de setenta y tres u ochenta y tres años viva, prospere y se aventure?



A menudo vemos este gran número de personas mayores en la vida religiosa y, en consecuencia, (vemos) una gran mina de sabiduría, y nos preguntamos cómo esa sabiduría podría ponerse al servicio del mundo. ¿Qué ideas tienes acerca de cómo esa sabiduría podría ponerse a disposición de las necesidades del mundo de hoy?

Una de las primeras cosas para hablar es sobre todas las imágenes negativas que hemos heredado de la sociedad acerca de lo que significa ser viejo. Las mujeres mayores, especialmente (a saber, las observaciones de Jane Austen) han sido frecuentemente condenadas a una forma de vida en silencio exterior y desaparición. Tendemos a internalizar y asumir estas imágenes negativas, y existe una tentación, habiendo sido condescendientes, de serlo con nosotros mismos. Yo siempre digo que, si habláramos con otras personas de la manera en que nos hablamos a nosotros mismos en el espejo, ¿no deberíamos nunca de tener otro amigo en la vida! Somos nuestros peores críticos. Es increíblemente difícil pasar un solo día sin tener un pensamiento peyorativo de ti mismo. Internalizamos minimizaciones conscientes e inconscientes, y tenemos que habituarnos a ellas. Así, creo que parte de nuestro trabajo es liberarnos del lenguaje sobre la vejez que hemos heredado, y particularmente ¡que las mujeres mayores se liberen de sutilezas forzadas y eufemismos!

Una manera fundacional para hacer esto es con poesía realmente, realmente buena, que lleve lenguaje que pueda hacer un catalizador de conversaciones. Siempre digo que la buena poesía es un lenguaje contra el que no se tienen defensas. Mi último libro de prosa, *Consolaciones*, fue escrito para rehabilitar muchas palabras que han venido a usarse como escudos contra su verdadero significado. La idea del libro es proveer una re-fundación en el significado original de ciertas palabras que son tan incómodamente cercanas a la verdad que naturalmente empezamos a usarlas como defensas más que como la invitación que originalmente eran. Luego entonces, yo diría que uno de los grandes obstáculos en cualquier organización religiosa es el lenguaje heredado que se encuentra dentro de los muros de la orden, el cual en su incoación era una fuente de nutrientes, y ahora se ha convertido en una fuente de aislamiento y sobreprotección.

Hay una imagen poderosa en un poema de Rilke, en la que, hablando con Dios, con las manos juntas en oración convencional, dice: “Nuestras manos piadosas te cubren cada vez que sentimos que te abres a

nosotros". Rilke estaba diciendo que el acto mismo de oración puede hacerse una forma de mantener alejada la experiencia física de la divinidad y de Dios. Nosotros, seres humanos, ¡tenemos las capacidades de un virtuoso en auto-engaño bajo el disfraz de protección! Incluso el acto de orar mismo puede ser un modo de no tener la conversación. La buena poesía y el buen discurso son ambos siempre nutritivos y perturbadores al mismo tiempo. Ése es el tipo de lenguaje que necesitamos para estar tanto aquí, donde sea que nos encontremos, como también en camino hacia cualquier destino de peregrino que nos hayamos marcado.



La tentación de quedarse con lo que es seguro y conocido, y de no moverse fuera de las fronteras y límites de nuestras propias vidas puede ser fuerte. Tú has escogido vivir en una búsqueda de una mayor comprensión y profundidad. ¿Qué te mantiene en esa búsqueda?

Y, puedo decir, ¡solo soy un pecador ordinario en esa búsqueda! Pero sí me parece muy evidente que todos vivimos en muchos paralelos y contextos al mismo tiempo, y que no se nos da el escoger entre mundos usando lo que Wordsworth llamaba "Ese falso poder secundario por el que multiplicamos distinciones". Supongo que crecí en una casa de paralelos radicales, con distinciones transpirables y entrelazadas. Mi madre nació y creció en Irlanda, y heredó una de las formas interpretativas más intensas del catolicismo irlandés, mientras que mi padre era un conservador de la clase trabajadora – un inconformista religioso de Yorkshire. Había una especie de reunión lingüística de dos mundos enormes y discrepantes en nuestra pequeña casa – con el irlandés lírico de mi madre, por un lado, y las vocales prácticas, pero severamente compasivas de mi padre de Yorkshire, por el otro. Ellos habitaban mundos completamente diferentes, pero mis hermanas y yo vivíamos en el mundo creado entre ellos.

Mi padre tenía un solo reloj que daba una sola hora, y mi madre tenía cinco relojes, todos ellos dando diferentes horas, y usaba cada uno de ellos dependiendo de los mundos que deseaba medir. Usaba un reloj para despertar, y otro, en el otro lado de la cama, para ir a dormir; tenía un reloj por el que tomaba el autobús número 6 allá abajo, en la calle del fondo, y otro para tomar el número 26 sobre el carril de vuelta. Así que yo crecí con una sensación de que había diferentes horas y tiempos, y entendimientos del tiempo, y de que todos ellos de hecho viven y funcionan bien juntos de diferentes maneras. Crecí con ambos lados dentro de mí, la medida universal, y la adaptativa. Tengo el lado que quiere saber qué hora es en este momento, pero también la parte de mí que quiere los paralelos y todas las horas diferentes que están ocurriendo, la comprensión de que cada ser humano es una conversación entre el pasado, el presente y el futuro, y que nosotros nunca, finalmente, podemos escoger entre estos tres. Supongo que crecí con una reunión extraordinaria de lo intemporal y de la necesidad del tiempo.

Tengo un poema, "La campana y el mirlo", y toma una vieja narrativa irlandesa de un monje en la orilla del recinto monástico, escuchando la campana llamándolo a la oración y, simultáneamente, el llamado del mirlo, llamándolo a la naturaleza libre.

Un paralelo, quizás, de nuestro intentar infructuosamente de escoger entre adentrarse profundamente en el presente y prepararse para el futuro, entre hacerse una mejor persona y tener que reunirse con el mundo tal cual lo encuentras, y tal cual él te encuentra a ti.

El sonido de una campana
todavía reverberando,
o un mirlo llamando
desde una esquina del campo
pidiéndote despertar

a esta vida,
o invitándote a ir más hondo
dentro de la que espera.

Cualquier camino
requiere valor,
cualquier camino quiere
que seas nada
sino ese mismo que
no es sí mismo para nada,
quiere que camines
al lugar
donde encuentres
tú ya sabes
cómo regalar
cada última cosa.

El acercamiento
que es también
la reunión
misma,
sin ninguna
reunión
para nada.

El fulgor
que siempre has
llevado contigo
mientras caminas
de ambos modos,
solo
y completamente
acompañado
en amistad
con cada esquina
del mundo
llorando
Aleluya.

Nunca logramos ausentarnos del todo de este mundo porque sentimos que necesitamos ensayar para un mundo más grande. Tenemos que vivir en el suelo, un suelo que es siempre un suelo compartido entre los dos, y siempre me pareció algo natural investigar esos paralelos: investigar la relación de los seres humanos con lo intemporal, explorar cómo nos sentimos atrapados y sostenidos al mismo tiempo, y cómo los seres humanos podemos tener este sentido asombroso de libertad interior sin importar las circunstancias asediadoras.

La poesía siempre pareció como el código secreto para ese entendimiento, y yo sentía que reconocía ese código cuando era joven. Creo que, de hecho, lo reconocí primero en la voz de mi madre. Ella era un gran cuentacuentos y una gran cantante. Siempre recuerdo una experiencia que tuve cuando tenía cinco o seis

años, de escuchar en la voz de mi madre la voz de la madre de mi madre, y una larga hilera de madres detrás. Sentí esas voces ancestrales como una fuerza viva en mi propia madre, contando sus historias en el fondo de mi cama. A través de la voz de mi madre, tuve esta conversación directa con mujeres que nunca había conocido. Así, éstas son experiencias muy instintivas para mí, en las que encontré ambas cosas, un hogar y un camino de peregrinos a través de las disciplinas y las alegrías de la poesía.



Pareces haber encontrado el modo de morar y vivir productivamente con todas las paradojas e incertidumbres del mundo de hoy – e incluso encontrar belleza ahí. ¿Cómo permaneces sintonizado con la belleza y la posibilidad? ¿Hay prácticas en tu vida cotidiana que te ayuden a permanecer enraizado ahí?

Creo que ambas cosas, los deleites y los deberes de la existencia, me mantienen en la búsqueda de la belleza. Así, por ejemplo, no tengo que meterme mucho en mi jardín para ver deleites. Está el color particular de verde ese día, y el musgo en los árboles, y los capullos pre-primaverales, y los narcisos que, mientras hablamos, están empezando a agitar sus cabecitas amarillas. Asombro todo alrededor, realmente. También, puedo viajar alrededor del mundo a muchos lugares maravillosos. Me encanta deleitarme en la arquitectura local, en las costumbres, los lenguajes. Me encanta tomar fotografías mientras me estoy deleitando – fotografías en blanco y negro. Soy lo suficientemente afortunado como para tener una constitución que fácilmente disfruta de la vida y de las bellezas de la existencia. Y, supongo, todo se refuerza y mantiene vivo por la poesía. Uno de los grandes nutrimentos de esa disciplina fuertemente heredada del lenguaje es que trae mucha belleza radical, y a veces, una belleza terrible, como Yeats la describe.

La belleza misma es increíblemente nutritiva, y moldea nuestra identidad de maneras secretas, escondidas. Recientemente noté que el Papa Francisco entregó un palacio recientemente renovado del Vaticano a los sin techo. Él se sentó con los primeros llegados de ellos – en un salón de recepción increíble, con pinturas del renacimiento italiano en paredes y techos – y una de las primeras cosas que dijo fue: “la belleza es transformadora, la belleza es nutritiva. Aquí tienen comida y están rodeados por todo este color asombroso”. Pensé que era algo notable que decir – y que recordarnos.



¿Qué encuentras que nos detiene para vivir con una mayor atención a la belleza y “demás” de nuestra existencia?

Creo que lo que evita esto son las mismas dinámicas en las que hemos estado atrapados desde el principio de los tiempos. Nos hacemos adictos y quedamos atrapados en la periferia molesta, defensiva y competitiva en la que nos sentimos impotentes, y la que sentimos ser anónimos a lo divino. En lugar de sentir un camino único y bendecido, esa sensación espaciosa de generosidad desinteresada y generosa dentro de cada uno de nosotros sobre la que todas nuestras grandes tradiciones de fe han hablado desde el comienzo de ese mismo tiempo. Uno de los grandes dones de esta difícil era es el renacimiento increíble de la poesía – realmente buena poesía – en todas las sociedades contemporáneas, pero especialmente en aquéllas con las que estoy más familiarizado: Estados Unidos, Bretaña e Irlanda.

Hoy en día estamos en la época de oro del significado, y en la edad oscura del significado – al mismo tiempo. Sí creo que, de alguna manera, todas nuestras dificultades e imperfecciones, tanto como nuestras buenas cualidades, están siendo recaladas todas al mismo tiempo. Las pequeñas crueldades a las que los seres humanos son sujetos y de las que son autores en sus propios hogares y cocinas, se han magnificado y dejado ver desde la privacidad al toque de diana del internet. Al mismo tiempo, nos conmovemos por muchos actos

de generosidad y compasión que también son ampliamente aumentados. Vemos esto en que la gente es motivada a ayudar colectivamente durante este tiempo de temor y contagio por historias de tragedia en otros países, y en que ellos responden y envían su apoyo.

Q

¿Piensas que el renacimiento de la poesía está ocurriendo porque es parte de nuestra manera de lidiar con todo el cambio y de darle sentido?

Sí, y la poesía está haciendo más que ayudarnos a lidiar: está creando un marco lingüístico alrededor del cual podemos de hecho crear una vida nueva y una sociedad nueva. La poesía es capaz de detener lo oscuro y lo luminoso junto y no darle la espalda a ninguno. Vemos que esta combinación en las mejores partes de la Biblia del Rey Jacobo, que contiene un lenguaje fiero, intransigente, y está asentado en poesía transfigurativa, todo al mismo tiempo.

Q

Mucho de tu trabajo es con dirigentes, enfocado especialmente en liderazgo conversacional. ¿Qué cualidades y habilidades crees que necesitan los líderes para dirigir en tiempos de mucha alteración y descomposición? ¿Cómo preparamos futuros líderes para que puedan trabajar con la turbulencia, y simultáneamente con nuevas posibilidades?

Mucho de a lo que los ejecutivos y líderes son sometidos (*en realidad, todos somos sometidos*) en nuestros sistemas educativos, los deja sintiendo que no son nadie ni nada a menos que estén cargando más peso y carga. Hay un constante sentimiento levantar la siguiente carga antes de haber bajado la última. También existe el problema de enmascararse, de tener que poner buena cara porque parte de ser un buen ejecutivo es ser diplomático y manufacturar entusiasmo.

En mi trabajo con dirigentes, hablo de lo que yo llamo la fenomenología de la conversación – enfocarse en lo que sucede sobre la marcha cuando quienquiera trata de profundizar cualquier intercambio o conversación – ya sea con un compañero o compañera íntimo/a, con Dios, con gente que te da informes, con clientes, o quizás más desgarrador aún, con uno mismo. En mi trabajo, exploro los diferentes estadios de las conversaciones profundizadoras. A través de la poesía invito a la gente a comprender por qué algo es difícil, por qué naturalmente sienten miedo, por qué le han dado la espalda a tantas conversaciones, por qué piensan que es necesario alejarse, y por qué se necesita un tipo de vulnerabilidad robusta para volvernos al principio otra vez.

Siempre siento que mi tarea principal es solo llevar a la gente – especialmente a los hombres – a un lugar en el que de hecho *quieran* crear conversación en su grupo. Una conversación en la que el líder no tenga todas las respuestas, sino que más bien se vuelva más invitadora para otros como individuos vivos, respirantes. Entre las preguntas solemnizadoras que hago está: “¿Qué tan invitador piensas que eres?” “¿Qué invitación piensas que la gente que se reporta contigo piensa que les estás haciendo?” A menudo, la gente dice: “¡Tu invitación es para que yo me vaya y tú puedas terminar tu trabajo!” Conseguir que la gente quiera la conversación es la clave – para que ellos regresen de diferente manera a aquéllos en su vida, aquéllos con quienes ellos trabajan y viven, o para que ellos quieran entrar en el silencio para un intercambio diferente con lo innombrable. Ése es el trabajo de la poesía. Ésa es la conversación de liderazgo: tanto sobre sí mismo y de otros, como igualmente es liderazgo *invitante*.

Q

¿Hay algo más que querrías decirnos a nosotras, como religiosas católicas?

¡El mismo consejo que me doy a diario a mí mismo! Detengan cualquier conversación diplomática, placentera, por la que puedan por años haber pasado indemnes hasta ahora; háganse buenas amigas de lo desconocido y lo hasta ahora innombrable en ustedes, sean buenas compañeras de esas intuiciones escondidas, sin mencionar, que ustedes han sabido y con las que han vivido todo este tiempo. Maduren esa amistad escondida volviéndose una reunión interior, una suma de intuiciones previas, una concurrencia. Encuentren un terreno fiero en lo desconocido y un lenguaje igual a las maravillosas invitaciones que hacen a través del tener la holgura y el placer de no saber totalmente. ¡Sean impacientes con las explicaciones fáciles, y enseñen a esa parte de la mente que siempre quiere saberlo todo a no empezar preguntas que no puede responder! Permitan que su vulnerabilidad ya no sea una debilidad, sino una capacidad de comprensión de lo que va a pasar. Beban de un pozo más profundo de silencio, y fuera de ese silencio, sorpréndanse a sí mismas y a otros con un firme pero siempre ayudador, y algunas veces muy feliz ruido!

Traducido para LCWR a través de la generosidad de Irma Valeriano González